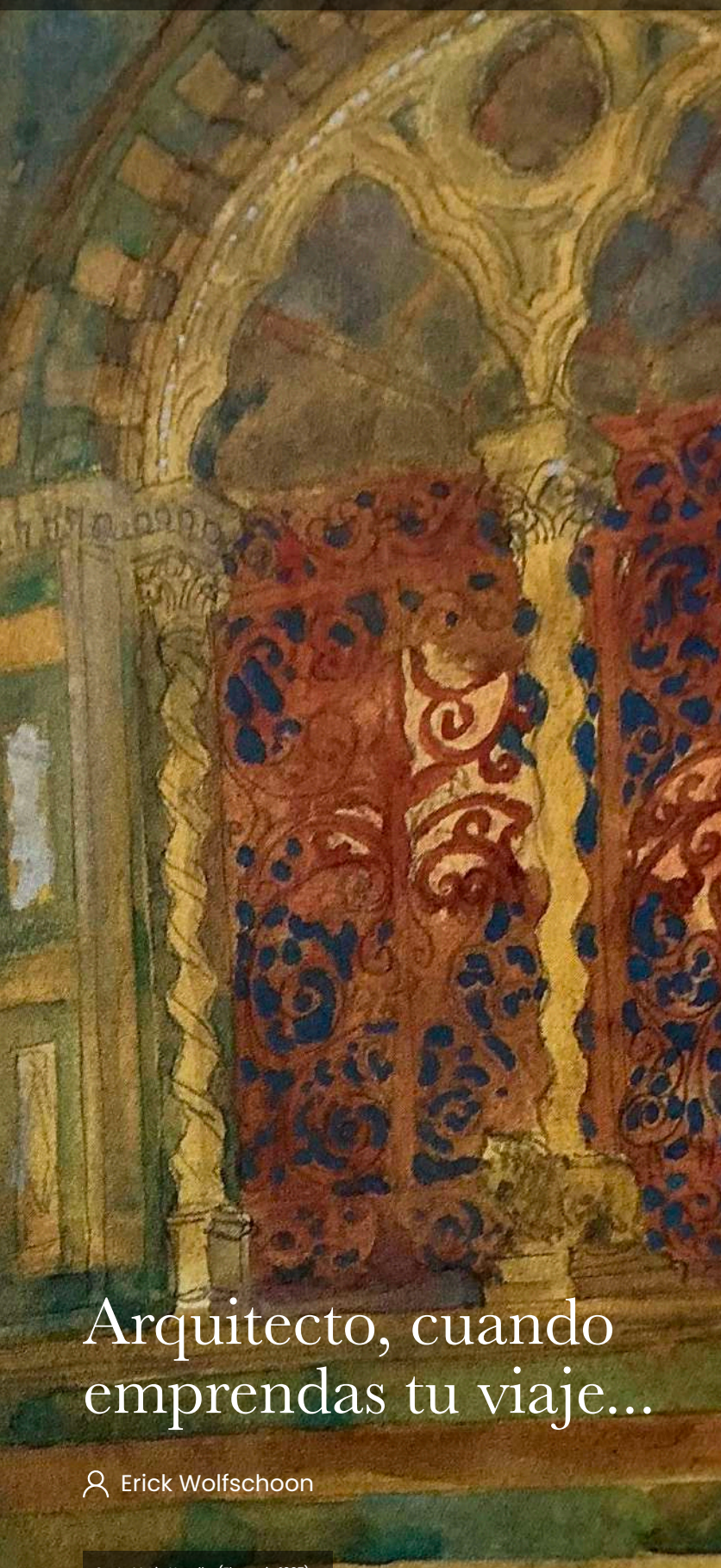




Arquitecto, cuando emprendas tu viaje...

👤 Erick Wolfschoon

Santa María Novella, (Firencia, 1907)

Cuando emprendas tu viaje a Itaca pide que el camino sea largo, lleno de aventuras, lleno de experiencias.

No temas a los lestrigones ni a los cíclopes, o al colérico Poseidón, seres tales jamás hallarás en tu camino, si tu pensar es elevado, si selectas la emoción que toca tu espíritu y tu cuerpo.

Por lo que afirma la primera línea del poema, sabemos que el viajero probablemente sea Ulises, de vuelta a la patria luego de una larga ausencia —donde Penélope teje y desteje con astuta minuciosidad una tela, maniobra con la que consigue distraer al impaciente asedio de sus pretendientes.— Pero el viajero también pudiera haber sido Encolpio, quien acompañado de Ascilto y del viejo poeta Eumolpo, goza y padece de un rosario de lances inesperados en su deambular por la Italia meridional en las primeras décadas del Imperio Romano, acontecimientos que son narrados con extremada gracia por Petronio Arbitro en el **Satiricón**. O Marco Polo, o Ruy González de Clavijo, que en su obra **Embajada a Tamerlán** (1406) relata con concisa precisión una travesía hacia el pasado que es, asimismo, una vuelta a los espacios míticos de Troya y la isla de Tenio, habitada por la memoria del rey Príamo.

Y, por qué no, pudiera ser que el poema presagia el tránsito iniciático de tres caballeros de la corte del Rey Artús —*Perceval, Galaad y Bohort*— que se empeñan en una retahíla de aventuras con rumbo a Sarraz, a bordo de un navío ensamblado por el Rey Salomón con maderos que proceden del Paraíso Terrenal... No es tan sólo la novela de caballería medieval, como **Queste del Graal** la que nos envuelve y cautiva con sus tramas esperpénticas; también sabe hacer lo suyo la narrativa picaresca española, cuya morada son los ásperos caminos del sur de la península ibérica, y que en la urdimbre sabrosa de su lengua un huérfano pobre padece indistintamente el ridículo, el insulto, la cárcel, los palos o las galeras, llámese el infortunado Lazzarillo de Tormes, Guzmán de Alfarache, Estebanillo González o El Buscón Don Pablos. El **viaje** como metáfora literaria del gran arco metafísico que es el devenir humano entre la tierra y el cielo, alcanza su cima más alta en esa obra maestra absoluta de las letras universales, con todo y su heroísmo grotesco, **El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha**. Esa aspiración insaciada de conocimiento y eternidad que es el andar de Alonso Quijano está también contenida en las inesperadas peripecias de las que participa el desprevenido lector de Jonathan Swift cuando éste lo em-



Nuremberg (Alemania, 1908)

barca cuatro veces en compañía de Lemuel Gulliver y atracan ambos en las costas agrestes de Liliput, Brobdingnag, Laputa y al país de los houghnhnms. O en esa especie de metanovela que es **La vida y opiniones de Tristram Shandy**, escrita a mediados del siglo XVIII por Laurence Sterne, cuya trama desaforada se hace y deshace una y otra vez a medida que se avanza en su lectura. Y aún más, en el insólito peregrinar de esos impenitentes exploradores que pueblan las novelas de

Jules Verne: los unos al ganar la apuesta a los socios del Reform Club cuando consiguen dar la vuelta al mundo en 80 días —o, como diría el otro Julio, *Julio Cortázar, la vuelta al día en ochenta mundos*—, los otros que exploran las profundidades del océano liderados por el capitán Nemo y unos todavía más intrépidos que se precipitan en un descenso abisal hacia los fondos misteriosos del planeta hasta alcanzar las cuevas de las Sibilas en **El viaje al centro de la Tierra**.

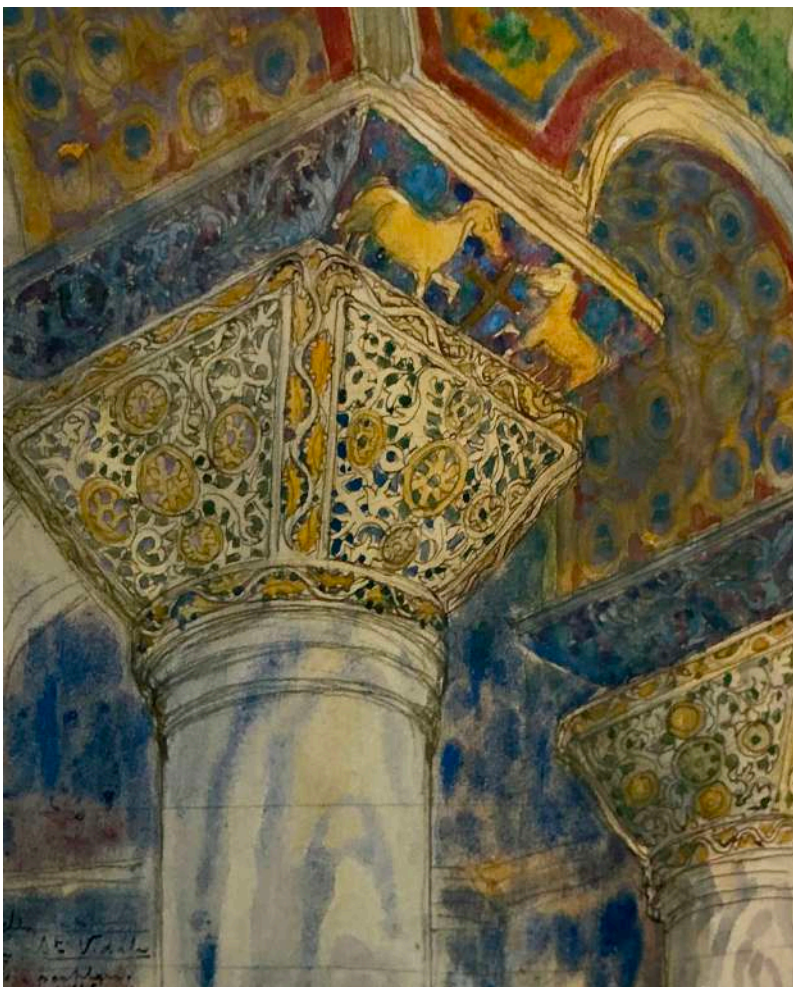


Santa Maria Novella, (Florence, 1907)

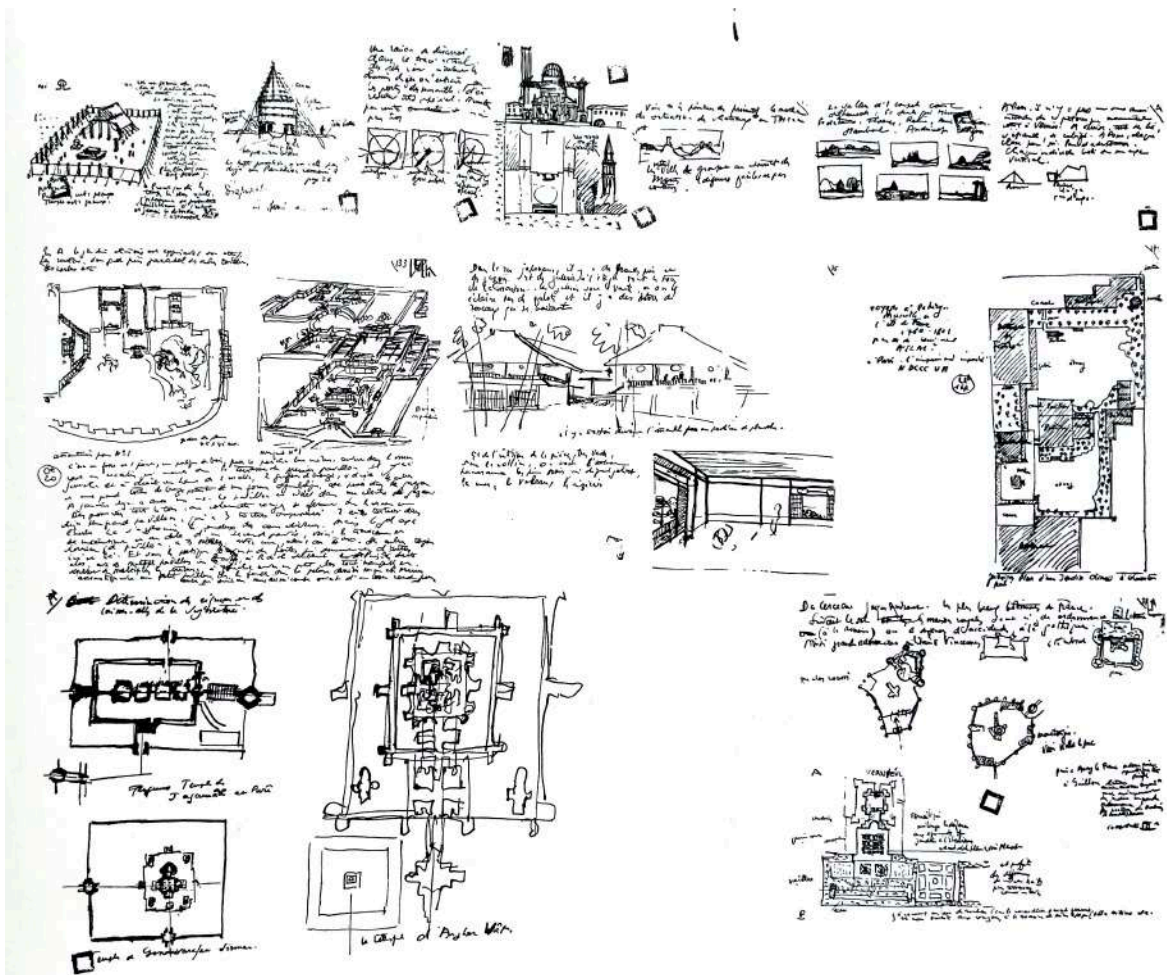
¿ Cómo define el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua la palabra viaje?: dice que es **traslado que se hace de una parte a otra por aire, mar o tierra**. A su vez, Juan Eduardo Cirlot sugiere en su **Diccionario de Símbolos** que, **en el sentido más primario, viajar es buscar**. Abruptamente, —con una no reprimida urgencia por indagar y encontrar, motivada no sólo por el recuerdo de una travesía similar realizada durante la juventud del padre del ya célebre escritor, sino también por los recientes hallazgos arqueológicos de Winckelmann en la antigua Grecia y Roma—, Wolfgang von Goethe a los treinta y siete años interrumpe su relación con Charlotte von Stein, deja Weimar y toma el camino que conduce de Verona a Nápoles, hasta arribar finalmente a las costas de Sicilia. De ello ha dejado un hermoso testimonio —recogido parcialmente en la compilación de sus cartas y diarios que lleva por título *Viaje a Italia*— cuan-

do dice que **en Roma me encontré a mí mismo por primera vez y alcancé la armonía interior**. Esa paz íntima nunca la alcanzará K, el viajero inmóvil situado en el centro de **El Castillo** kafkiano, cuyo vago itinerario guarda cierta similitud con el rumbo incierto de los héroes épicos medievales —*La calle, aquella calle principal del pueblo, no llevaba al cerro del castillo; sólo se acercaba, pero luego, como deliberadamente, se apartaba y, aunque no se alejaba del castillo, tampoco se acercaba más a él*— y así tampoco, Leopoldo Bloom, cuya escatológica travesía

por las calles y antros de Dublín, tragicómicamente inventariada por James Joyce en el **Ulysses**, es el correlato ordinario y antiheroico del segundo de los grandes poemas homéricos, o Jack Kerouac, autor de un relato autobiográfico, **On the Road**, que tiene como protagonista real la carretera que une las dos costas de los Estados Unidos y México y que Sal y Dean hacen suyas —*a mediados del siglo pasado, bajo la influencia de las drogas, la música de jazz y el sexo*— en una búsqueda inacabada de Dios, o Neddy Merrill, en **The Swimmer**, de John Cheever.



San Vitale (Ravenna, 1907)



Bocetos: China, Japón

Al igual que la literatura, el cine también ofrece innumerables historias —desde *El Viaje a la Luna* de Georges Méliés hasta *Solaris* y *Stalker* de Andrei Tarkovski, y de ahí a la reciente y trepidante versión del ciclo de *Mad Max*, *Fury Road* de George Miller— cuyo eje cronológico se estructura como una línea inacabable de incidentes concatenados más o menos libremente y que, —tal como acontece en las películas que acabo de mencionar— se suceden unos a otros en un recorrido de traza circular, es decir, la culminación de la trama se da en un final que

(aparentemente) remite al comienzo. Así acontece en la obra fílmica de Federico Fellini, desde *La Strada*, *Le Notti di Cabiria*, *La Dolce Vita*, *8 1/2*, *Satyricon*,

Casanova, *E la Nave Va o Il Viaggio di G. Mastorna*, este último, que existe sólo como una realización gráfica, obra del gran dibujante Bruno Manara.



Itinerario: Italia (1907), París, (1908), Alemania (1910), así como Le Voyage d'Orient en 1911.

¿ Y todo esto hacia donde nos lleva ? pueden estar preguntándose ustedes con justificada razón. Respondo con una palabra y un nombre: Daídalos. Daídalos significa en griego **trabajar con arte** y, por extensión, denomina a Dédalo, un inventor, originario de Atenas, a quien se le atribuye, desde los tiempos de Homero, la creación del serrucho, el hacha, la goma, la plomada y también, lo hecho en un ingenioso alarde de habilidad escultórica — *la construcción de unas figuras tridimensionales acopladas de tal forma,*

que con sus ojos abiertos y la movilidad de sus extremidades podían simular vívidamente la presencia de los dioses.— Para escapar de la isla de Creta —*donde Dédalo ha elaborado un artificio que le permite a la reina Pasífae tener una relación indiscreta con una hermosa criatura no humana, encuentro del cual es fruto el Minotauro*— debido a la justificada ira del rey Minos, que no perdona a Dédalo su complicidad en la infidelidad de su esposa, Dédalo inventa un dispositivo que parece anticiparse en varios siglos

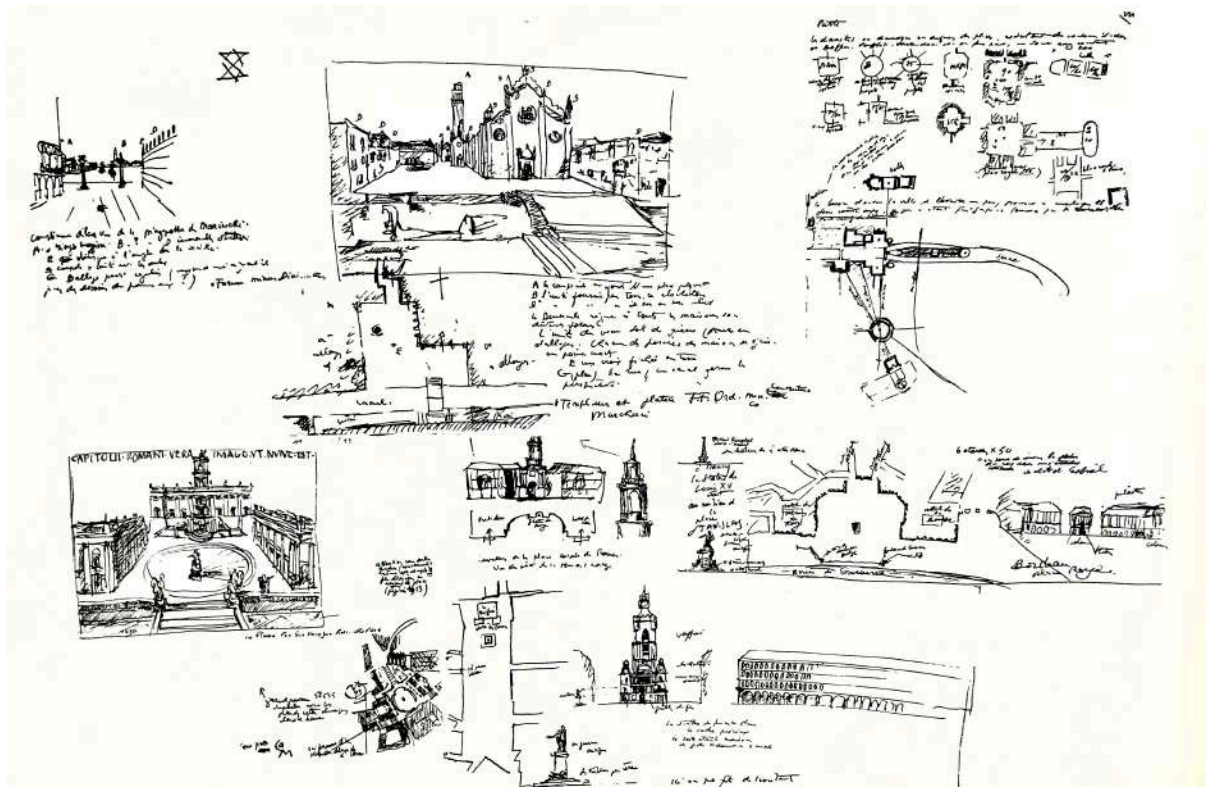
a una de las máquinas voladoras de Leonardo da Vinci. Desafortunadamente, como lo relata Ovidio en el libro VIII de las **Metamorfosis**, Icaro —*el hijo de Dédalo, que lo acompaña en su apresurada huída*— empieza a recrearse en su vuelo (ya Delos, Paros, Samos y Lebinto han quedado atrás) y asciende hasta la proximidad del sol abrasador, que derrite la cera que sujetaba las plumas, las alas y el artilugio completo a su cuerpo y los brazos desnudos del adolescente resultan insuficientes para asirlo al aire y cae al mar.



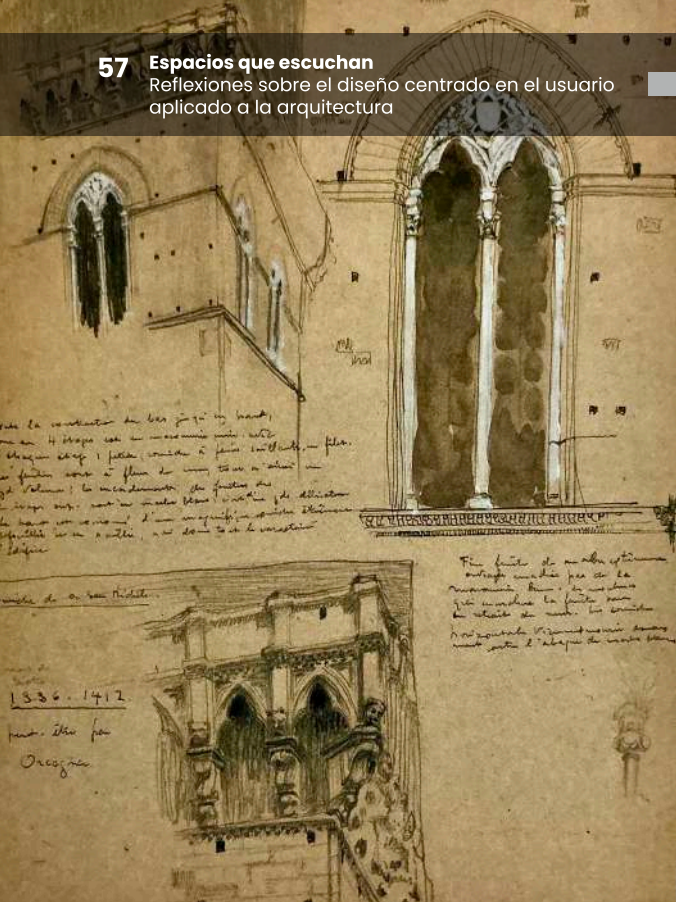
Minos no se da por vencido y persigue a Dédalo hasta la isla de Sicilia, donde este último consigue dar muerte al humillado rey. Pionero de la aeronáutica, Dédalo también es venerado por ser el primero y mítico arquitecto —*ya veremos las razones*— y antecesor, dadas las azarosas circunstancias del oficio que lo obligan a desplazarse constantemente, de una larga sucesión de arquitectos trashumantes. Dédalo lo hace —*excepcionalmente para la época*— por tierra, mar y aire. Marco Vitruvio Polión —*autor de Los Diez Libros de la Arquitectura*— acompaña a Julio César en su campaña militar por el norte de África en el siglo primero antes de Cristo. Los alarifes y

maestros constructores del Medioevo —*Enrique, Esteban de Bonneuil, Juan Mignot, Guillermo de Sens y otros muchos más*— atraviesan el continente europeo de norte a sur y de poniente a levante inicialmente como **magistri comacini** y después en función de peritos, co-partícipes de una oleada edificatoria sin precedentes en la historia de Occidente, que dará como fruto algunas de las obras arquitectónicas más bellas e incommensurables de todos los tiempos. Ofrezco un solo caso ejemplar: el maestro Rodrigo Gil de Hontañón —*nacido en Rascafría en el año 1500, pero identificado con lo que hoy hemos dado en llamar el gótico crepuscular*— recorre de

un extremo a otro la España de Carlos V, mientras dirige incansablemente la construcción de varias iglesias, ocho catedrales, claustros universitarios y otros tantos palacios. Por su parte, la formación humanista de Andrea Palladio se sustenta sobre una serie de viajes realizados desde su nativa Padua, a Venecia y Roma, bajo la tutela de Daniele y Marcantonio Barbaro. Y lo que pareciera ser una espectacular variante de todas estas andanzas es la travesía que emprende de Roma a París Gian Lorenzo Bernini en el año de 1665 —*documentada en un muy entretenido libro*—, para atender una invitación del Rey Sol, Luis XIV.



Bocetos: Venecia, Roma, Francia



Orsammichele (Florencia, 1907)

Pleno de gloria y fama, es aclamado por las multitudes por donde quiera que pasa pero desafortunadamente, su propuesta para la fachada oriental del Palacio del Louvre resulta ser demasiado audaz para el gusto francés y el propósito del viaje permanecerá incumplido. En los siglos XVI, XVII y XVIII, la formación de las élites europeas —*ante todo la inglesa*—, no se daba por cumplida hasta completar el llamado Grand Tour: en otras palabras, un recorrido de estudios que duraba de dos a cuatro años y que incluía a París, Turin, Florencia y Roma hasta alcanzar el sur de Italia —*Nápoles, Herculano y Pompeya*— con la finalidad de familiarizarse con la cultura y los monumentos de la antigüedad clásica. Vestigios de esta práctica subsisten hoy con la existencia de la Academia Francesa en Roma, la Academia de España en Roma, la Academia Americana en Roma... etc.

Más cercano a nosotros en el tiempo, Le Corbusier —*cuya educación arquitectónica consistió en viajar incesantemente*— cuenta de sí lo siguiente: **Con diecinueve años, 1907, LC partió para Italia, Budapest, Viena; en París en febrero de 1908; 1910 Munich, después**

Berlín. 1911, mochila al hombro: Praga, el Danubio, Serbia, Rumanía, Bulgaria, Turquía (Constantinopla), Asia Menor. Veintidós días en el Monte Athos. Atenas, Acrópolis seis semanas. Esa fue la escuela de arquitectura de L-C. Le proporcionó su formación, abriendo puertas y ventanas ante él —*hacia el futuro*—. En una de sus libretas de dibujo, este, quien es sin duda alguna el primer arquitecto global, rememoraba el 13 de noviembre de 1955, diez años antes de su muerte lo que sigue: **Corbu está en todas partes, viajando, con su gabardina sucia en el brazo, su cartera de cuero repleta de documentos de trabajo, con navaja de afeitar y cepillo de dientes, brillantina para su poco pelo, su traje de París, que viste en Tokio o en Ahmedabad (sin el chaleco).** ¿Por qué los arquitectos sienten la urgente necesidad de cambiar de lugar? Para Aldo van Eyck es el encuentro en el año de 1952 con el vacío del paisaje norafricano donde tiene lugar una confrontación con lo onírico y lo primitivo ancestral, que lo induce, como él mismo expresa, a plantearse una revalorización universal de lo elemental, punto de arranque de un entendimiento más comprehensivo y amplio de lo que es la identidad cultural, lo que a su vez habría de fijar un nuevo rumbo para la arquitectura moderna en la segunda mitad del siglo XX. Y un entorno geográfico enteramente distinto, la selva tropical de la península de Yucatán —*que Jorn Utzon visita por vez primera en 1949*—, de cuyo húmedo seno arbóreo emergen absortos en sí mismos los templos mayas, remontando y elevados sobre enormes plataformas de piedra, es la inspiración para que en Utzon pueda despertar algo que llevaba mucho tiempo dormido en su interior: extensos planos horizontales como un elemento constitutivo de la expresión arquitectónica (Siegfried Giedion). De ahí al salto vertiginoso que da a la meseta en la cual levitan las velas segmentadas de la Opera de Sidney sólo hay un paso, aunque lento y laborioso, por cierto. Estas conjunciones de lugares y sensibilidades a las que he hecho referencia —*fortuitas, o intencionadas las mas de*

las veces— propician, despiertan, confirman o corroboran intuiciones o presagios que yacen adormilados en la memoria. Así lo ha expresado Mark Wigley con precisión aforística: **El viaje de A a B es siempre una repetición, un recuerdo de algo que ya ha sucedido.**

De eso trata precisamente, la invención más trascendente del Dédalo arquitecto, el laberinto —*hogar del Minotauro*— entre cuyas circunvoluciones perdían la vida catorce jóvenes para dar cumplimiento a un sacrificio ritual ofrecido a la monstruosa criatura cada siete años. Ovidio nos informa que Dédalo utilizó como modelo de su creación una tumba egipcia de enrevesada factura que se levantaba en el oasis Fayum, en las proximidades del lago Moeris. El laberinto es una ambigua conjetura que hombres de fe, cabalistas y magos han reimaginado con el correr de los siglos como un mágico ideograma del ámbito celestial; otros han querido ver en sus intrincados corredores un calculado y artificioso engaño para atrapar los demonios. En los indecifrables meandros del laberinto, hallamos una suerte de representación emblemática del ciclo existencial, ese intervalo que se nos antoja incierto y lleno de sorpresas entre A —*el nacimiento*— y B —*la muerte*—. En congruencia con lo anterior, el trazado del laberinto se asocia a la noción mística del **camino difícil** hacia **el centro** que es a su vez —*y con algunas consideraciones más en torno a este tema quiero concluir esta larga perorata*— un camino hacia y dentro de nosotros mismos. En la Edad Media, la palabra **laberinto** sugirió a algunos latinistas una relación etimológica con las palabras **labor** —*es decir, trabajo*— e **intus**, interior. Es decir, **trabajo interior**, trabajo hacia adentro de uno mismo. Una vez más, a la inspirada imaginación de Dédalo —*el primer arquitecto*— debemos la imagen más resonante de la introspección creadora. Nos dice Mircea Eliade que toda existencia, incluso la menos intrépida o atrevida, es susceptible de ser asimilada al recorrido de un laberinto: en el ámbito indecible del silencio que

habita en su interior, nadie puede aconsejarte ni ayudarte. Es indispensable —*con honestidad y sin arrogancia*— que creas en tí mismo y entres dentro de tí. Tus maestros te ayudaron a plantar tus raíces. Ahora, a tí te corresponde crecer hacia arriba y excavar hacia abajo —*ambos gestos a un tiempo*—, extender las raíces hasta lo más profundo de tu corazón. Recuerdo haber escuchado en un festival de bandas estudiantiles de jazz al pianista Bill Charlap dar a los jóvenes solistas esta advertencia que comparto con ustedes: **You never graduate.** Deja atrás el mundo conocido y ábrete al encuentro de aquellas cosas que pueden resultarte palpablemente extrañas. Le Corbusier re-imaginó la ciudad desde la perspectiva inédita que abría ante sus ojos la ventanilla del avión. Y esa música callada que nos subyuga con tanta violencia al entrar en las casas de Luis Barragán es el destilado lento de la colisión con la intensa luminosidad mediterránea que tiene lugar durante los incontables viajes por el sur de España y el norte de África que realizara el gran maestro mexicano. **Soledad** —*reflexiona*—.



Sólo en íntima comunión con la soledad puede el hombre hallarse a sí mismo. Es buena compañera, y mi arquitectura no es para quien la tema y la rehuya. Y también saben estar presentes en su obra las imágenes rememoradas dentro de los sueños: **hacer un ramillete con todos los recuerdos de viaje (...) para volver a vivirlos** nuevamente, ese circuito íntimo del que nos habla Mark Wigley: **entre la idea del hogar y la idea del viaje, donde los descubrimientos decisivos del camino ocurren antes de iniciar la travesía y son los que en primer lugar impulsan la idea misma del viaje.** En ese dilatado pasado es donde habitan las primeras percepciones y donde tu soledad se ensancha y acoge a todos aquellos que

nos precedieron y están en nosotros. **Pues el creador debe ser un mundo para sí mismo** enuncia quedamente Rainer Maria Rilke y por ese ancho mundo podremos siempre viajar si sabemos abrir los ojos ante una hoja de papel en blanco o incluso al contemplar la inacabada inmensidad de un grano de arena.



Jeanneret (Le Corbusier) ocupa el lado derecho de la imagen.

Cuando emprendas tu viaje a Itaca
pide que el camino sea largo,
lleno de aventuras, lleno de experiencias.
No temas a los lestrigones ni a los cíclopes,
o al colérico Poseidón,
seres tales jamás hallarás en tu camino,
si tu pensar es elevado, si selecta
es la emoción que toca tu espíritu y tu cuerpo

Ten siempre a Itaca en tu pensamiento.
Tu llegada allí es tu destino.
Mas no apresures el viaje.
Mejor que dure muchos años
y atracar, viejo ya, en la isla,
enriquecido de cuanto ganaste en el camino
sin aguardar a que Itaca te enriquezca.

Itaca te brindó tan hermoso viaje.
Sin ella no habrías emprendido el camino.
Pero no tiene ya nada que darte.
Aunque la halles pobre, Itaca no te ha engañado.
Así, sabio como te has vuelto, con tanta experiencia,
Entenderás ya qué significan las Itacas.

P. Cavafiy (1911)